

AGÍS VILLAVERDE, Marcelino: *Conocimiento y razón práctica. Un recorrido por la filosofía de Paul Ricoeur*, Fundación Enmanuel Mounier, Madrid, 2011, 282p.

Conocimiento y razón práctica. Un recorrido por la filosofía de Paul Ricoeur es la obra que hoy nos presenta el Profesor, compañero y entrañable amigo Marcelino Agís Villaverde, a través de la Fundación Enmanuel Mounier, en su Colección Persona.

Importa, pues, desentrañar lo que esto significa. La presentación (por aquello de que al abandonarse los ritos adquieren por necesidad una mayor presencia) ha de referirse *necesariamente* al autor y a su obra, guardando, eso sí, lo que Gracián decía en *El Arte de la Prudencia*: “No comenzar con demasiada expectación... Es un chasco frecuente ver que todo lo que recibe muchos elogios antes de que ocurra no llegará después a la altura esperada. Los comienzos honrados sirven para despertar la curiosidad y no para comprometer el intento final”. Por mi parte “las exageraciones serían despilfarros de estima y darían indicios de escasez de conocimiento y gusto”.

Por fortuna, no es éste el caso que nos ocupa. Contrastados el valor de Ricoeur y su obra, reconocida ya la aportación, rica y variada, sobre la misma del Profesor Agís, en una especie de *constante biografía espiritual apasionada* (no ha desdeñado en ningún caso la Hermenéutica romántica de Schleiermacher, de un *conocimiento por simpatía*), nos queda ir conjugando en breves notas la Hermenéutica de Autor con la Hermenéutica de Texto. Él mismo hace así: “Antes de reflexionar, dice en la Introducción, sobre el quehacer intelectual del filósofo francés en sus diferentes épocas, he creído conveniente realizar una *aproximación al hombre y a su circunstancia* en el primer capítulo, para ofrecer, a continuación, en el segundo, las principales etapas del pensamiento ricoeuriano”.

Recibido: 21/11/2012. Aceptado: 22/11/2012.

¿Cómo es el hombre, cuál su circunstancia y el clima moral en que se mueve? Como todo filósofo, el Profesor Agís es un hombre “*preocupado*”, ha estado y está lleno de “*preocupaciones*”: preocupaciones religiosas, preocupaciones sociales, preocupaciones políticas; preocupado por el amor y la amistad, por el hombre que podemos “construir”, y por la responsabilidad inmensa que ahora nos incumbe al ser dueños casi absolutos de la técnica. Los interrogantes se le agolpan. A estos interrogantes ha tratado de responder en su trabajo diario, en sus obras y en sus temas, yo diría que *ardorosa* y *amorosamente* tratados, es decir, vividos intensamente, como propios, al ser de todos.

Y en su dedicación a ellos ha logrado cumplir lo que un *hermeneuta contemporáneo* (Rorty) pedía a la Filosofía: “Transformar los problemas que han dividido nuestra tradición en temas de conversación civilizada”. Creo que este ha sido siempre su propósito, convencido, como Sócrates, de que “el mayor bien es el diálogo” y que muchos de los problemas son simplemente problemas de lenguaje.

Con ellos se ha *comprometido* (destaco especialmente este adjetivo), con los más candentes y con los de mayor actualidad (que no dejan de ser los de siempre), con aquellos que no pueden ser aplazados, porque de su solución satisfactoria depende la convivencia social o simplemente la propia identidad.

Y todo compromiso es doloroso. La Filosofía es siempre *pensamiento* “*interrogativo*”: comienza con una pregunta sobre el mundo y las cosas, pregunta a la vez objetiva y apasionada, que el filósofo interioriza al interiorizar el problema. Pero esta interiorización no supone un alejamiento de la realidad, sino un compromiso de solución solidaria. También el sufrimiento que pueda conllevar. Kierkegaard decía que hay dos maneras de enseñar: una es sufrir; la otra convertirse en profesor del sufrimiento ajeno.

Espíritu inquieto, la trayectoria personal y afectiva del Profesor Agís, reflejada en la obra que nos ocupa, va desde su nacimiento en Raxó, un precioso pueblo mariner de la provincia de Pontevedra, hasta su toma de posesión de Catedrático de Hermenéutica en la Universidad de Santiago. En medio, su Licenciatura de Filosofía en la misma, sus Estudios de Postgrado en París y Chicago bajo la dirección de Paul Ricoeur, su Tesis Doctoral y su invitación a diversas Universidades de Europa, América y Japón. Y, entretanto, sus azarosos años de vida universitaria: luchas en el Departamento, Fundación de la Sociedad Interuniversitaria de Filosofía (con bastantes libros publicados y muchos Congresos a sus espaldas), Vicerrector de la Universidad, Presidente-Fundador del Foro Galicia Milenium y Director de la Revista *Ágora. Papeles de Filosofía*. Y aún le queda tiempo para escribir: también, de “filosofía cotidiana” en *El Correo Gallego*. ¿En qué emplea su

tiempo libre, si es que lo tiene? En Eva, su mujer y en sus dos hijos. A ella quiero ahora recordar en su compañía callada, de ánimo y aliento. Por ellas y por ellos, porque siempre la gloria suele ser labor de más de uno.

Esta es su aportación y esta la mochila repleta de este viajero que va a recorrer y a despertar nuestros caminos con sólo su palabra.

Permitid todavía otros breves apuntes. En algún momento habrá que estudiar la *especial relación* de Ricoeur con el Profesor Agís, y las *influencias en talante e ideas* que el primero dejó en el segundo; talante personal: ambos se encuentran a gusto uno con otro, pero también difieren. No conocí muy de cerca al Profesor Ricoeur o no tuve tal vez la proximidad suficiente, pero siempre, como Hermes, me pareció elusivo, en constante evasión; atrapado en un juego constante entre presencia-ausencia, que no era ambigüedad, pero tampoco entrega decidida; llamaba la atención su estar-no estar presente en una lucha en que la presencia parecía diluirse en lo que trasciende. Como continuamente evadido, pero sin acabar de irse, preocupado y desligado a la vez, con el tirón del hombre necesitado y el Dios que espera, más perdonador y padre que juez.

Ambos, sin embargo, coinciden en el peculiar modo de entender la filosofía como un ejercicio crítico en que, “sin abandonar las propuestas heredadas, se llegue a postulados propios, demostrando que todavía es posible y vale la pena filosofar”. Me aventuro a aplicar a nuestro amigo lo expresado en la página 58 respecto a Ricoeur: “La articulación de sus convicciones espirituales y políticas dará lugar a una constante toma de posicionamiento ante la historia”. Y también ante lo cotidiano, ante la realidad diaria que le toca vivir.

Ambos, por supuesto, coinciden también en la *finalidad de la obra* bien hecha: “Hay otra interconexión importante entre símbolo e interpretación. Los símbolos no sólo tienen un valor expresivo, en el plano meramente semántico, sino también un valor heurístico, en tanto que nos ayudan a la comprensión de nosotros mismos y del mensaje del otro, planteamiento que luego aplicará a la noción de texto: *comprender es comprenderse delante del texto*” (p. 137). Con el presente libro, texto abierto, el profesor Agís “busca orientación y sentido para comprender el mundo y comprenderse a sí mismo. Una tarea que podemos realizar con Paul Ricoeur, pero en la que nosotros mismos tenemos la última palabra” (p. 21). Texto y lector han de estar comprometidos: uno desde su sentido autónomo (con relación a la intención del autor), y desde su sentido abierto, una vez roto el mundo situacional común de la oralidad; el otro desde su actividad de lector, responsable de terminar el texto como obra abierta. Es así como el sujeto descubre, a través del proceso de lectura, un nuevo proyecto de ser-en-el-mundo.

Son muchos los temas que destacan en esta obra del Profesor Agís: unos, por centrales y fundamentales al pensamiento de Ricoeur; otros, por interés afectivo del que habla; metafísicos, pero no alejados de la realidad diaria, como *el problema del ser*. La referencia en la obra pudiera dar lugar a discusión: “El ser es el reflejo, el poso de las manifestaciones espirituales del hombre, en un discurso que no es ni única ni simplemente lingüístico. Mitos, símbolos, metáforas y textos conforman parte de ese discurso...” (p. 130). Es cierto, pero con exquisito cuidado de distinguir entre el ser y las manifestaciones discursivas que nos lo dan a conocer. Por afán de no alinearse con el “sustancialismo”, podemos creer que el ser es producto irrelevante de esas manifestaciones... (al menos mi formación tomista me lo sugiere, y las consecuencias, nada desdeñables, que pudiera tener en temas como el de *la culpabilidad y el perdón, el problema de la muerte y la posibilidad de trascenderla a través de la memoria del otro*, o el que pudiera parecer más abstracto, el *Cogito herido* (Cogito blessé).

Desde el punto de vista estrictamente personal (y a lo largo del libro así queda sugerido), echo en falta el estudio de la posible influencia y relación entre Marcel y Ricoeur. Los acontecimientos idénticos vividos en su infancia y su formación les llevan a una misma *Nostalgia de lo divino* y a la irrupción de la *Gracia* en el horizonte de sus vidas: en Marcel, la muerte de su madre; en Ricoeur, la muerte de sus padres, siendo ambos muy niños. “La página en blanco que sostengo en mi mano es la mejor metáfora de los primeros años de mi vida, tras perder a mis padres siendo todavía muy niño. Ese vacío siempre ha sido para mí una página en blanco de mi biografía” (p. 25). Esa ausencia, experimentada como vacío, les llevará a preguntas sobre *El Tiempo y la muerte* y la forma de trascender ambos. Y la solución que nos ofrecen dependerá en ambos del “*Protestantismo* que impregna el ambiente familiar en el que se educan”, en un ambiente severo y la lectura constante de la Biblia; Protestantismo más liberal en Marcel, más rígido y pietista en Ricoeur. Marcel titula su obra “Socratismo cristiano”, da el salto a la conversión al catolicismo y se afana por mostrar en su Teatro el esfuerzo del hombre por mostrar el valor de sus obras: fe y obras conformadas por el tirón de la Gracia; Ricoeur declara que “no es un filósofo cristiano”, pero que en cuanto “persona es creyente”; e “introduce una línea de pensamiento relativa a las implicaciones de la *confianza en Dios*, retomando la idea central de la *memoria de Dios* para abrir una puerta a la esperanza. Una esperanza que tiene como horizonte la convicción de que “*Dios se acordará de mí*”.

Una aspiración del creyente, dice el profesor Agís, que introduce la relación vertical entre el tiempo y la eternidad... Y lo único que puede ayudar-

nos a esquematizar este tiempo fundamental relativo a la memoria de Dios, este presente eterno, *es la idea de la Gracia*. La idea de la *gratuidad absoluta de Dios hacia el hombre*, que lleva, o debería llevar, *a una confianza plena del hombre en Dios*, pues tal como dice Ricoeur “*nada me es debido* (rien ne m’est dû). Yo no espero nada por mí; yo no pido nada; he renunciado —¡he intentado renunciar!— a reclamar, a reivindicar. Yo digo: Dios, tú harás lo que quieras de mí. Quizás nada. Acepto no ser más (J’accepte de n’être plus)” (p. 220). Quizás este anonadamiento salve, pero no es humano. ¿Qué ha sido del hombre, qué del valor de su libertad?

Os invito, pues, a que predomine la propuesta ricoeuriana: “hermenéutica en la que el sentido del texto sea una conquista del intérprete, quien se comprende comprendiendo” (p. 142). Y también a preguntar al autor del texto; “¿Qué quiso decir cuando dijo...?”, qué propuesta de mundo hace, si logró comprender al autor mejor de lo que él se comprendió a sí mismo, y si logró la suficiente objetividad.

Por mi parte, queda sólo dar las gracias al Profesor Marcelino Agís por haberme permitido, al hilo de la lectura de su obra, recordar temas muy queridos para mí, a los que he dedicado todos estos años atrás: El tiempo, la muerte, el sentido de la vida humana, la libertad y la gracia, el compromiso, el destino del hombre.

Gracias porque, a través de esta obra, pone al alcance de todos, en una labor creadora y recreadora de sentido, en un lenguaje sencillo y asequible, sin menoscabo de la terminología propia de Ricoeur.

Y gracias, sobre todo, por ayudarnos a ampliar nuestro horizonte y a no supervalorar lo propio. Porque, dice Gadamer en *Verdad y método*: “El que no tiene horizontes, dice Gadamer, es un hombre que no ve suficiente y que, en consecuencia, supervalora lo que le cae más cerca (negativa o positivamente). En cambio tener horizontes significa no estar limitado a lo más cercano, sino poder ver por encima de ello. El que tiene horizontes puede valorar correctamente el significado de todas las cosas que caen dentro de ellos”. El que tiene horizontes siente con el poeta León Felipe:

“que son todos los pueblos
y todos los huertos nuestros”

Y el que tiene horizontes puede dar reglas concretas y convertir estos temas, controvertidos y vitales, como lo hace el Profesor Agís, en temas de conversación civilizada.

Jesús Ríos Vicente